

EL LAICADO EN LA IGLESIA CUBANA

Una mirada desde la Encuesta realizada en 2000

JORGE CELA, S.J.
República Dominicana

1. LA IDENTIDAD LAICAL

Laica es toda persona miembro del pueblo de Dios, que es la Iglesia, ese pueblo de Dios que marcha por la historia en el afán de construir el Reino de Dios.

El laicado son todas las personas que forman parte de la Iglesia. Unos con más conciencia de su identidad y su propósito en la vida. Otros que se han unido a la marcha porque van en la misma dirección, pero sin mucho sentido de pertenencia o porque les gusta el grupo y han decidido acompañarlo un trecho del camino. Son los que Karl Rahner llamaba "cristianos anónimos".

En Cuba 60 por ciento de los laicos y laicas se sienten miembros con

pleno derecho de este pueblo que es la Iglesia. Se sienten ciudadanos y ciudadanas de la comunidad del pueblo de Dios.

Sin embargo, el otro 40 por ciento no ha tomado conciencia de su identidad como hijo o hija, dueños de casa. Sienten aún que la Iglesia pertenece primero a los sacerdotes y luego a los laicos, que son sus ayudantes, y cuya participación es sólo recogiendo las migajas del banquete del Reino.

No se sienten excluidos. Se sienten felices de poder participar. Pero se sienten invitados. Bien tratados, pero sin la confianza de quien es de casa. Pero parece que las cosas están cambiando. Los más jóvenes tienen mayor sentido de plena pertenencia y derecho. Casi el 80 por ciento se siente

satisfecho del puesto que tiene en la Iglesia. Incluso, el 48 por ciento piensa que esta situación va mejorando. Sólo el 3 por ciento cree que la situación no marcha como debiera.

Sin embargo, todavía muchas veces el laicado descubre su identidad desde una visión negativa: los que no somos sacerdotes. Refleja la tendencia a definir la identidad por contraposición: hombres quienes no son mujeres, cubanos quienes no son extranjeros.

Quizá es mejor definir desde lo que somos, y no a la inversa. Y descubrir que nuestra identidad se construye de acuerdo a la forma de relacionarnos con quienes no tienen nuestra identidad.

La identidad del laico, que recibe por el bautismo, es ser miembro del pueblo de Dios. Los sacerdotes y religiosos nos diferenciamos al añadir una cualificación a esa identidad de miembros del pueblo de Dios.

Somos todos miembros del mismo cuerpo con la identidad de cristianos, por tanto, de sacerdotes, profetas y reyes.

En este sentido ellos son la base fundamental de la Iglesia. A veces lo hemos entendido al revés. Como si la Iglesia fuera fundamentalmente la jerarquía y los laicos fueran sus miembros incompletos. Esto depende de la manera que entendemos la Iglesia. Cuando pensamos la Iglesia como Pueblo de Dios, todos y todas somos ciudadanos y ciudadanas. Si la Iglesia es sacramento del Reino de Dios, nuestra relación es de comunión y participación. Si la Iglesia es el Cuer-



llevan adelante el trabajo parroquial. Por eso la cuarta necesidad más sentida es el compromiso y responsabilidad de un laicado el cual debe ser cada vez más protagonista.

Nos dicen los Obispos latinoamericanos reunidos en Puebla que el laicado muestra el rostro de una Iglesia comprometida en la promoción de la justicia. Pío XII decía que eran la avanzada de la Iglesia. Sin embargo a veces en nuestra percepción los reducimos a monaguillos en la retaguardia del clero.

4. FORMACIÓN

Esta responsabilidad laical exige una formación adecuada. No únicamente, como insinúa el Vaticano II para poder suplir a los ministros dignamente en la predicación de la Palabra en casos de necesidad.

La formación debe estar en función de su misión propia, para la "construcción del Reino en su dimensión temporal". Sin embargo, aunque la Iglesia ha estado proclamando la doctrina social de forma elocuente durante más de 100 años, pocos católicos la conocen bien.

Y no se trata de una formación puramente académica. Su finalidad es evitar el divorcio entre la fe y la vida, inspirar y orientar el compromiso. Suscitar una espiritualidad que llene de sentido su vida y su compromiso.

El laicado tiene un aporte que hacer a la Iglesia desde su saber profesional y su experiencia. Se le debe liberar del clericalismo y de su reducción a lo intraeclesial.

Ellos nos hacen especialmente consciente del mundo como espacio de Dios y la historia como tiempo de Dios y de la construcción de los sujetos como templos del Espíritu.

5. ORGANIZACIÓN LAICAL

Todos estos elementos señalan a la conveniencia de la organización laical que sirva para impulsar la formación y la participación de los laicos, con frecuencia es deficiente, a lo que se une la falta de acompañamiento de los pastores y la mentalidad clerical de éstos. Ninguno de los movimientos posee la exclusividad de la acción de la Iglesia. Ellos no deben reproducir la competencia y fraccio-



namiento de la sociedad moderna, sino la riqueza de la pluralidad complementaria que genera comunión. La participación de los laicos es necesaria también en la construcción de la comunión entre Norte y Sur, entre la Iglesia universal y la particular, entre las diversas iglesias particulares, entre los diferentes grupos ideológicos o políticos y hasta dentro del espacio de la parroquia.

Se dan una diversidad de nuevos ministerios y carismas que manifiestan el nuevo papel del laicado en la Iglesia, sobre todo ministerios no clericales, no como suplentes o meros apéndices, sino con identidad propia. Sin embargo, todavía es débil la presencia de este laicado en los espacios de construcción de la sociedad.

Los laicos deben participar en la pastoral de conjunto, incluso en la planificación y decisión. El papel de los laicos en la estructura eclesial no es tanto personal como en relación a la comunidad y no pueden suplir la participación activa de la mayoría.

6. LA MUJER

Al hablar del laicado es importante tener en cuenta a la mujer que, como en la sociedad, ha tenido una situación de marginación en la Iglesia a pesar de ser la mayoría y la más activa.

Nos queda una pregunta pendiente: ¿por qué hay un hombre por cada tres mujeres en la Iglesia cubana? La mayoría (37 por ciento) opina que los hombres participan menos en la Igle-

sia porque no quieren someterse a la moral cristiana.

En segundo lugar quedó la respuesta que lo explica por la tradición cultural, la cual enseña que los hombres no van a la Iglesia (13 por ciento). Otros piensan que es debido a una falta de atención específica (9 por ciento) o porque tiene otros atractivos (8 por ciento).

En realidad no hay gran diferencia entre los resultados de Cuba y los que podrían encontrarse en cualquier otro país latino.

7. CON LA MIRADA EN EL FUTURO

La misión de la Iglesia no es en relación a sí misma. Existe para otros. Para anunciar y comenzar la construcción del Reino que proclamó Jesús.

Con su Palabra, su vida, sus obras, los procesos y estructuras que crea y promueve, el servicio dado, la Iglesia es una comunidad en medio del mundo para servir y amar al estilo de Dios, desde una opción desinteresada por los más pobres y débiles. Y así dar testimonio de la presencia de Dios en el mundo.

Su futuro reside en la capacidad del laicado para tomar conciencia de su misión y asumirla con entusiasmo, sembrando la esperanza.

